

La luz de la Reina

Lumen

Reinado 
de María

Reginae

N.33-ENERO 2023

**Un nuevo Año,
de las manos de
María**

AL LECTOR

**Las Virtudes
de Santa María**

TOTUS TUUS

**Haremos morada
en él**

AL ENCUENTRO CON DIOS
UNO Y TRINO

**La Virgen María
es la Madre.**

Es la Madre que nos lleva al Hijo. No hay vida sin Madre.



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 32
Enero 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:



reinadodemaria.org/



facebook.com/Reinado-de-Maria



instagram.com/reinadodemaria



youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

La Virgen en la Sagrada Escritura



07

ALMA MARIANA

El Magnificat



08

VICTORIAS DE MARÍA

Una Medalla Milagrosa lo salvó en Afganistán



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Martín de Porres



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la santificación de la familia



14

TOTUS TUUS

SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Las virtudes de Santa María



16

REINADO DE CRISTO

Bienaventurados los que lloran



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

Haremos morada en él



UN NUEVO AÑO, *de las manos de María*

Virgen Madre querida, Virgen de Corazón puro, en estos primeros días de este nuevo año, llévanos de la mano, guíanos hasta Cristo.

En medio de tanta confusión como reina en torno, fórmanos, Madre, una conciencia recta y limpia.

Una conciencia que no conozca más que una regla, la Voluntad divina, y se haga plenamente eco de ella.

Una conciencia leal y sincera, que no busque engañarse a sí misma con excusas ni rodeos.

Una conciencia fiel, sólidamente vinculada a los principios que tiene por sagrados.

Una conciencia intransigente en sus negativas a toda alianza con el pecado.

Una conciencia delicada, cuidadosa de no entristecer en nada al Espíritu Santo que vive en ella.

Una conciencia guiada

por profundas aspiraciones, hambrienta de un gran ideal de perfección.

Una conciencia prudente, provista de un buen juicio y de una sabiduría sobrenatural.

Una conciencia dilatada, que sepa encontrar en los preceptos del Señor esparcimiento y libertad superior.

Una conciencia de amplios horizontes, preocupada ante todo de amar a Dios y al prójimo.

Una conciencia igual a la tuya, que aprecie en su inmenso valor la amistad divina y haga todo lo posible por conservarla.

Nuestro mayor deseo para todos: ¡Que en este Año del Señor 2023 no le neguemos nada a Dios!



La Virgen

EN LA

SAGRADA ESCRITURA

Los libros del Antiguo Testamento, cada vez con mayor claridad, iluminan la figura de la mujer Madre del Redentor. Estimados lectores, en el transcurso de estos próximos meses iremos descubriendo en las Páginas Sagradas el rostro de María reflejado en distintas figuras y símbolos de la Biblia.

Virgen anunciada

Por toda la eternidad la imagen de María ha estado presente en la mente de Dios. Solo Dios la conocía y la amaba, pero llegó la hora de que empezara a salir de la mente divina.

Después del Hijo de Dios hecho hombre, la Madre de Dios sería la persona más insigne que honraría la tierra con su presencia, por eso debía ser **anunciada** con mucha anticipación y muchas veces.

Y así fue en efecto. Después de Jesús nadie ha sido tan profetizado como la Virgen Madre.

Dios puede hablar a los hombres o con palabras o con símbolos y figuras.

El Antiguo Testamento es todo él figura del Nuevo. Los hechos de la redención están anunciados y simbolizados en muchos sucesos de la historia de Israel. Personajes que vivieron antes de Jesucristo eran figuras del Redentor.

Y la Madre de Dios estuvo también **anunciada** y prefigurada.

Con certeza nos consta que Eva fue figura de la Virgen; pues lo dicen los mismos libros sagrados. Vamos a verlo.

«Pondré enemistad entre ti y la mujer...»

«Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu stirpe y la suya; ella te aplastará la cabeza y tú le herirás en el calcañar... Y Adán llamó Eva a su mujer, por cuanto ella fue la madre de todos los vivientes» (Gn 3,15.20).

La primera profecía de la Madre de Dios, en el tiempo y en la importancia, es la que el mismo Dios hizo a los primeros hombres en el paraíso.

Es una profecía relacionada con los intereses sobrenaturales de todo el género humano.

Es la historia sobrenatural de la humanidad condensada en breves palabras.

La primera mujer, Eva, engañada por la serpiente diabólica, peca ella e induce a pecar a su esposo, jefe de la humanidad.

Después de un juicio sumarísimo, Dios pronuncia la sentencia condenatoria contra los hombres pecadores y contra la serpiente seductora; pero, al mismo tiempo que fulmina el castigo, anuncia una revancha del género humano contra la serpiente, una victoria completa, rotunda, de otro hombre y de otra mujer sobre el demonio.

Se dirige Dios a la serpiente infernal y le dice: *«Pondré enemistades entre ti, oh serpiente, y la mujer; entre tu linaje y el suyo. Él, el linaje de la mujer, te quebrantará la cabeza, y tú le morderás a Él el calcañar»*. (Gn 3,15.19).

¿Quién es la mujer a quien Dios se refiere? María, la Madre del Salvador.

¿Quién es el linaje de esa mujer? Jesucristo, el Redentor del mundo, el Hijo de la Virgen.

Sí, comenzamos exactamente desde el «principio», desde aquel proyecto armonioso que Dios había ideado y deseado al crear el cosmos y el hombre, un proyecto dañado y maltrecho a causa de una libre decisión que tomó el ser humano: definir por su cuenta lo que es bueno y es malo, arrancando de las manos de Dios esa determinación.

Podemos ver cómo todas esas tensiones y fatigas, las hostilidades que se apoderan de la historia no estaban inscritas en el proyecto de Dios, no nacen del querer del Dios creador, ni se remontan a la creación misma. Son, por el contrario, el resultado de la opción perversa del ser



EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

humano, que ha querido situar su propia moral en el puesto de la moral divina, decidiendo por sí mismo lo que está bien y lo que está mal.

La maldición divina contra la serpiente se prolonga en la descripción de una lucha implacable y encarnizada que tendrá lugar entre la «estirpe», la «semilla» de la serpiente, es decir, los pecadores, y la semilla de la mujer. A partir del primer peca-

do de la humanidad, se puso en movimiento un flujo de tensión que se extiende por toda la historia: es como si se hubiera establecido un duelo ininterrumpido entre el bien y el mal, un combate permanente y sin cuartel entre la justicia y la perversión, una colisión frontal entre la verdad y la mentira.

Y esta página nos invita a cuestionar la impresión de que “el mal siempre triunfa”. No es así.

De tal forma que, muy al contrario, inmediatamente después de la caída del pecado, se incluye la elevación producida con la redención. Y María es un emblema glorioso de la misma, sobre todo a través de su Inmaculada Concepción, una verdad de fe que se deja ya entrever en esta primera página de la Biblia.

En el siglo II algunos Padres de la Iglesia: Ireneo, Justino y Tertuliano, ensalzaron a María como «Nueva Eva». Al igual que San Pablo oponía Cristo a Adán, así Ireneo establecía una contraposición entre María y Eva: «Del mismo modo que la desobediencia de una virgen provocó la caída de un hombre, arruinó su vida y lo condujo a la muerte, así el hombre recibió de nuevo la vida por mediación de una virgen».

Como Eva fue la madre de los vivientes pecadores, así María es la Madre de los vivientes fieles a Dios. El apelativo «Mujer» que Jesús le dirige en Caná («¿Qué tengo yo que ver contigo, mujer?», Jn 2,4) y en el Calvario («Mujer, aquí tienes a tu hijo», Jn 19,26) es leído como una alusión a la nueva «Mujer» que se está manifestando en María.

El mismo San Ireneo emplea una curiosa imagen, la de los nudos: María desata las ataduras del pecado, nudos que Eva y Adán ligaron, produciendo unas ataduras que se espesan en los siglos y aprisionan al hombre.

«El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; aquello que la virgen Eva había ligado con su incredulidad, la Virgen María lo desató con su fe».

Eva, figura de María

Eva fue la primera de las mujeres en el tiempo; María fue la primera de todas en la dignidad: «Eres bendita entre todas las mujeres».

Cuando Eva salió de las manos creadoras de Dios, se asemejaba mucho a la Santísima Virgen al ser formada por el mismo Dios.

Las dos estaban exentas de imperfecciones físicas en el cuerpo. Las dos libres de pecado y de imperfección moral en el alma. Las dos tenían las pasiones sometidas a la razón. Las dos estaban adornadas con la gracia santificante y con las virtudes teologales y morales.

A Eva la hizo Dios semejante a su esposo Adán. A María la hizo semejante a su hijo Jesucristo. Eva fue hecha por Dios para que fuera ayuda y compañera de Adán en la propagación del género humano. María fue pre-

parada por Dios para que acompañara a Jesucristo en la obra de la Redención.

Pero la conducta de Eva y de María fue muy distinta; y si tiene gran relación la una con la otra, es porque fue completamente opuesta.

El ángel de las tinieblas se presenta a Eva en forma de serpiente y la seduce: seréis como dioses. Eva se ensoberbece, cae en la tentación y acarrea la ruina del género humano.

El ángel mensajero de Dios se presenta a María y le propone la Maternidad Divina. María se humilla, se somete a la Voluntad de Dios y con su consentimiento contribuye a la Redención del género humano.

La soberbia de Eva trae la ruina al mundo. La humildad de María trae la salvación.

Eva dio al hombre el fruto de la

muerte. María le dio el fruto de la vida.

Lo que Eva destruyó, lo rehizo María.

Eva fue la madre de todos los hombres en el orden de la naturaleza, María lo fue en el orden de la gracia.

Eva, más que madre, fue madrastra de sus hijos; la verdadera Madre fue María.

Hemos visto inseparablemente unidos en la mente divina al Hijo de Dios y a su Madre; y así nos los presenta Dios en la primera profecía que hace de ellos, relacionada con la redención del mundo.

Debemos convencernos de que no podemos hallar a Jesús separado de su Madre.

Confía en la Virgen. Es tu Madre y cuida de ti. Invócala. Es poderosa y no nos dejará perecer.



El Magnificat

"Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava". (Lc 1, 46-48)

Bastaría saber que la oración del Magnificat salió de labios de nuestra Madre para que la valoremos mucho. Se trata de un cántico que María, llena del Espíritu Santo y de la alegría divina al verse Madre de Dios, dirige en alabanza al Señor. No podremos llegar nunca a comprender toda la fuerza de expresión que Ella supo dar a estas palabras. Cuanto más medites en ellas, más tesoros encontrarás. El canto del Magnificat es el canto de las grandezas del Señor y de su misericordia. Es el canto de la humildad. Ese es el sendero que se nos ofrece. Por él caminaron Jesús y la Virgen.

Predicaba el P. Molina:

«El Magnificat es la teología de María: Dios es su centro, Él es el Dueño y Señor de la historia. El pueblo de Israel es fruto de la bondad irradiante de Dios y Ella, María, también.»

El gozo de María es inmenso. María se intuye y se ve en su grandioso papel irrepitible: Madre de Dios por pura benevolencia. Y todo esto porque miró su humildad. Desde ahora la humildad será el objeto de la elección de Dios.



Concepto central del Magnificat: la nadería, bajura, poquedad, desvalimiento de Santa María en Ella y al margen de Dios y, al tiempo, la apertura incondicional y sumisión total de Santa María, en ese y desde ese su ser nada, a Dios y a lo de Dios.

El Magnificat es el canto a la bondad infinita del TODO que se humilla, entregándose, y a la bondad finita de Santa María que se humilla obedeciendo a lo que Dios quiere hacer en Ella.

La Virgen de Nazaret es ejemplo excelso de humildad. La historia de la Virgen de Nazaret me dice que el estado en que Dios quiere que se ponga el hombre para poder hacer, a través de él, grandes cosas es la humildad.

¿Qué se infiere analizando el "Magnificat"? Que el corazón de Santa María es ante todo y sobre todo un corazón que ALABA a Dios. Es el cierre de todo el salterio con su rosario de 150 salmos: "Que todo cuanto respira alabe a Dios".

En el "Magnificat" está el secreto de la inefable grandeza de Santa María».

Una Medalla Milagrosa...



...LO SALVÓ EN AFGANISTÁN

(Testimonio de Colin Faust,

Sargento de la Infantería de Marina)

Colin Faust era un sargento de la Infantería de Marina que participó en algunas de las misiones más peligrosas en Afganistán como explorador avanzado. Nunca imaginó que ni sus sofisticadas armas ni sus compañeros pudieran salvarlo de un artefacto explosivo que le hizo volar por los aires y le arrancó las piernas. Fue la Medalla Milagrosa que llevaba encima la que le salvó la vida. Y eso que no era católico cuando ocurrió aquel suceso que le cambiaría la vida.

Faust recuerda que llevaba puesta la medalla aquel 15 de octubre 2010. Tenía 21 años cuando su pie izquierdo pisó una «bomba caminera». La explosión lo elevó varios metros por el aire. Su primera reacción, quizá por instinto, fue recitar una oración. Ni siquiera recuerda lo que dijo, pero sí recuerda perfectamente lo que portaba en aquel instante: una Medalla Milagrosa que le había dado su abuela católica. De hecho, fue lo único que le quedó de lo que llevaba puesto el día de la explosión. Desde ese momento llevó la Medalla Milagrosa siempre durante siete años. Ahora la guarda para entregársela a su hijo cuando sea mayor.

Cuando Faust recuerda aquel suceso ve muchas razones por las que su vida podría haber acabado en Afganistán, y no fue así. En primer lugar, Faust se hubiera desangrado de no



ser por la rápida atención de un médico de la Marina, quien le aplicó torniquetes en ambas piernas y en su brazo izquierdo. Luego, el helicóptero de evacuación médica tuvo que abandonar debido a la artillería pesada de los talibanes que rodeaba la posición del soldado herido. Después un médico trató de ponerle una inyección de morfina para aliviar su dolor, pero la jeringuilla falló. Y, por último, el peligro final llegó cuando un grupo de soldados lo colocó sobre una lona y corrió hacia una posición segura mientras recibían numeroso fuego enemigo.

Por ello afirma convencido que **la Medalla Milagrosa le ha servido como un recordatorio concreto de que Dios y María lo estaban cuidando.**

Nacido en una familia luterana en Minnesota, después su relación con Dios se enfrió. Fue tras la explosión cuando se volvió hacia Dios, gracias a la Virgen. Comenzó entonces a profundizar en la fe hasta unirse a la Iglesia Católica durante la Vigilia Pascual de 2018 cuando tenía 29 años.

En este proceso providencial, tras el accidente conoció a la que sería su esposa, católica practicante.

Ahora conserva una gran devoción a la Virgen. Reza el Rosario cada día y se ha consagrado al Inmaculado Corazón de María. Afirma que un pasaje del Evangelio marca su vida: **«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»**. Faust ha llevado una cruz en el sufrimiento de años de cirugía y rehabilitación, y de tener que pasar el resto de su vida en una silla de ruedas. Pero habla de su experiencia sin amargura, con una profunda sabiduría por la que ha pagado un alto precio.

Él mismo dice: «Una paz gozosa reina en el alma cuando uno se da cuenta de que todos los dolores, sufrimientos y momentos de prueba en esta vida no carecen de sentido, sino que se convierten en el medio de santificación propia y ajena cuando se unen a Cristo».

Nació en Lima (Perú), el 9 de diciembre de 1579, hijo de padre español y de madre mulata. A los doce años entra como aprendiz de peluquero y asistente de médico. Tiempo después ingresa como donado en el convento de Nuestra Señora del Rosario donde destaca por su humildad profunda, obediencia, entrega a Dios, caridad con el prójimo y por una tierna y profunda devoción a la Santísima Virgen.

Vivía siempre pensando en Dios y por eso le gustaban mucho las imágenes piadosas que suscitaban en su alma buenos pensamientos y afectos. Cuando pasaba frente a una imagen se ponía de rodillas ante ella o la saludaba con una inclinación de cabeza. Le gustaba especialmente adornar con flores y luces una imagen de la Santísima Virgen que se hallaba a la entrada de su dormitorio.

Otra manera de honrarla era esforzarse por practicar actos de virtud. «Estos actos, a una con la devoción de su corazón, exhalaban más fragancia que los ramos y flores que en dichos altares ponía».

La capilla que más solía frecuentar era la de la Reina del Santísimo Rosario. Allí, ante su altar, le suplicaba todas las noches que le guardara y no permitiera que cayera nunca en pecado.

El amor a María Santísima era en él espontáneo, como el amor de un hijo a su madre. Martín estaba siempre con María. Sus ratos libres los pasaba en la capilla de la Virgen Madre. No dejaba día sin rezar el Santo Rosario por la noche o el oficio parvo de la Virgen que precedía al rezo de Maitines.

San Martín de Porres

«**N**o busques ser grande o importante a los ojos de los hombres sino a los ojos de Dios». Así pensaba y así vivió San Martín de Porres, un humilde religioso, fiel discípulo de María Santísima, que supo dejarse guiar y modelar por la Señora hasta alcanzar una elevada santidad.

Todas las mañanas antes de la aurora subía al campanario para lanzar al espacio, con el toque del «*Angelus*», **la invitación a saludar a María. Nunca quiso renunciar a este oficio de campanero, ni siquiera cuando la edad ya avanzada y las fuerzas debilitadas por la mortificación, se lo hacían muy penoso.**

Llevaba un grueso rosario al cuello y, cuando sus manos no estaban ocupadas en algún oficio, lo sujetaba entre sus dedos para continuar dirigiendo a María las alabanzas de sus gozos, compadeciéndose de sus dolores, alegrándose de su gloria.

María también amaba mucho a Fray Martín. Día tras día, mientras pasaba las cuentas del rosario, la Virgen enseñó muchas cosas a su querido frailecito, pues él estaba siempre atento a los menores deseos o inspiraciones que le suscitaba.

Ella fue quien le dijo que, para que el fuego arda continuamente, había que recoger todo lo que puede alimentarlo hasta la más pequeña paja caída en el camino. Ella le explicó que la sed del alma no se apaga sino en Dios, y que la gracia de Dios brota de los Sacramentos.

También Ella le hizo comprender que a Dios podía encontrarlo en todas sus criaturas, pero especialmente en las más necesitadas, en las que más sufrían. Y le dijo que penetrara —Ella que había guardado en su corazón todas las palabras de su Jesús— el valor de tantas her-

mosas palabras como amor, sacrificio, obediencia, pureza y bondad.

Todo esto le enseñó María. Y una noche en que la lección había sido un poco más larga, para que Martín con la prisa de correr al coro para los Maitines no tropezara en la oscuridad, y para que todos viesan lo contenta que estaba de su discípulo, mandó a dos ángeles con vestiduras blanquísimas que le acompañaran hasta allí con hachas encendidas.

Por eso Martín llegó a encontrar a Dios en todas las cosas y a convertir toda su vida en oración: había sido alumno fiel de la Virgen Santísima.

Falleció santamente el 3 de noviembre de 1639. Fue beatificado por el papa Gregorio XVI en 1837 y el papa San Juan XXIII que sentía una verdadera devoción por Martín de Porres, lo canonizó en la Ciudad del Vaticano el 6 de mayo de 1962.

“

DONDE HAY FE,
HAY AMOR. DONDE
HAY AMOR, HAY
PAZ. DONDE HAY
PAZ, ALLÍ ESTÁ DIOS.
Y DONDE ESTÁ
DIOS, NADA FALTA.

”

(SAN MARTÍN
DE PORRES)





Llamada a la santificación de la familia

Dios quiso terminar su mensaje en Fátima en el mes de octubre de 1917 con tres apariciones que Lucía consideró como tres llamadas puestas a nuestra consideración, a fin de que las tengamos presentes en nuestra peregrinación terrena.

Mientras el pueblo contemplaba, atónito, el milagro del sol, los tres pastorcitos veían al lado del sol tres apariciones distintas y, para nosotros, muy significativas.

Hoy meditaremos en la primera de esas apariciones que fue la de la Sagrada Familia: Nuestra Señora y el Niño Jesús en los brazos de San José, bendiciendo al pueblo.

En estos tiempos en que la familia, tantas veces, aparece mal comprendida en la forma en que fue constituida por

Dios y se ve afectada por doctrinas erradas y opuestas a los fines para los que el Creador divino la instituyó, ¿no habrá Dios querido dirigirnos una llamada de atención hacia la finalidad con que Él quiso instituir en el mundo la familia?

Dios confió a la familia una misión sagrada de cooperación con Él en la obra de la creación. Esta decisión de querer asociar a sus pobres criaturas a su obra creadora es una gran manifestación de su bondad paternal: es como hacerlas participantes de su poder crea-

dor, queriendo servirse de sus hijos para la multiplicación de nuevas vidas, que florezcan en la tierra con destino al cielo.

Dios quiso así confiar a la familia una misión sagrada, que hace de dos seres uno solo, una unidad tal que entre ellos no admita separación. Dios estableció el matrimonio como vínculo indisoluble. Una vez recibido el sacramento del matrimonio, la unión entre los dos es definitiva y no admite división. Ésta es una Ley de Dios, que Jesucristo confirmó y renovó, pensando en tentativas humanas que, con el tiempo, podían suponer cambios: «**¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo varón y hembra, y que dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne? Así, pues, ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre**» (Mt 19, 4-6).

Esta es la ley del matrimonio: los dos, desde que se unieron con la bendición de Dios, forman entre sí uno solo, y esta unión no admite separación. Forman uno solo por el lazo del amor que lleva a la donación mutua, al sacrificio e inmolación que exige toda entrega, a la comprensión, a la disculpa y al perdón. Y así es como una casa se consolida, santifica y da gloria a Dios.

El hogar debe ser como un jardín, donde se abren nuevos capullos de rosas, que traen al mundo la frescura de la vida inocente y pura.

Solo así es como Dios se complace en su obra creadora y la bendice. Proceder de otro modo, como sería el evitar los hijos por medios artificiales e inmorales, recurrir al aborto, etc., es desviar la obra de Dios de su fin, es trastocar los planes de Dios y faltar a la misión confiada por Él. Por eso, en el mensaje de Nuestra Señora de Fátima, Dios nos llama a volver nuestra mirada hacia la Sagrada Familia de Nazaret, donde Él quiso nacer, crecer y santificarse, para presentarnos un modelo a imitar.

Los padres tienen un deber sagrado en la educación cristiana de sus hijos. No cumplen su misión los padres que no inculcan en sus hijos, desde pequeñitos, el conocimiento de Dios y de sus preceptos, enseñándoles a tenerlos presentes y a practicarlos. Es una ley que Dios prescribió a su pueblo: «**Llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que Yo hoy te doy. Incúlcase los a tus hijos...**» (Dt. 6, 6.) Los padres que descuidan este precepto del Señor son responsables de la ignorancia de los hijos y de los desvaríos derivados de esta ignorancia. Y, muchas veces,

ésta es la causa de la vida des-
arreglada de esos que torturan
los últimos años de la vida de
los padres.

Lo que más se graba en el corazón del niño es aquello que aprendió de sus padres. Ellos son los encargados de guiar los primeros pasos de los hijos hacia Dios, enseñándoles a orar, a saber, encontrar a Dios en su camino y a seguir su voz. Es ésta la misión de mayor responsabilidad e importancia que fue confiada por Dios a los padres, y han de desempeñarla tan bien que, en la vida futura, las enseñanzas de los padres consigan siempre recordar en los hijos el recuerdo de Dios y sus mandatos.

Por otro lado, los hijos nunca podrán olvidar ni dejar de lado el respeto, la gratitud y la ayuda que deben a sus padres. Tal como éstos se sacrificaron para criarlos, educarlos y colocarlos en el camino de la vida, también los hijos tienen el deber de sacrificarse para dar gusto, alegría y tranquilidad a sus padres, socorriéndoles y ayudándoles en todo. De modo que todo sea hecho por verdadero amor y con los ojos puestos en Dios. Es así como la familia se santifica, crece y prospera: en la unión, en la fidelidad, en la comprensión mutua, en el perdón que genera la paz, la alegría, la confianza y el amor.

"Qué preciosa es la familia como lugar privilegiado para transmitir la fe". (Papa Francisco)

Las virtudes de Santa María

PLASMARLA EN NOSOTROS

Una vez que nos hemos consagrado a la Santísima Virgen María, con la preparación, no acaba todo. Es más bien un punto de arranque para que, imitando a María, nos configuremos más y más a Jesús.

Veámos que Ella es nuestro molde. Nos introducimos en su Corazón Inmaculado, sin mancha de pecado. Dios nos ha dado un toque con su amor, que ablandó nuestra dureza. En María debemos tomar paulatinamente su forma, imitarla. Primero hay que quitar lo negativo, nuestro pecado (= ser inmaculados). Después construir lo positivo, que es la vida de María, sus virtudes.

Verdaderamente la Virgen María es Espejo de Justicia, modelo acabadísimo de toda perfección y santidad, ejemplar y prototipo de todas las virtudes cristianas.

Como esquema, recorreremos las diez principales que San Luis M^a Grignon señala:

“La verdadera devoción a la Santísima Virgen es santa. Es decir, te lleva a evitar el pecado e imitar las virtudes de la Santísima Virgen, y en particular su humildad profunda, su fe viva, su obediencia ciega, su oración continua, su mortificación universal, su pureza divina, su caridad ardiente, su paciencia heroica, su dulzura angelical y su sabiduría divina. Estas son

las diez principales virtudes de la santísima Virgen”. (V.D 108)

Esta lista no agota sus virtudes, pues hay otras, y estas mismas abarcan más aspectos.

Para empezar, recordaremos algún rasgo de una, y las demás en números sucesivos.

La oración continua

La oración es básica en la vida espiritual. Los Santos la exaltan como medio aptísimo y necesario para la salvación y llegar a un alto grado de santidad. Recomendamos la lectura de la cuarta parte del Catecismo de la Iglesia Católica (Nº 2558-2865).

“La oración es la elevación del alma hacia Dios o la petición a Dios de bienes convenientes”.

“El Hijo de Dios hecho Hijo de la Virgen también aprendió a orar conforme a su corazón de hombre. Él aprende de su madre las fórmulas de oración; de ella, que conservaba todas las “maravillas” del Todopoderoso y las meditaba en su corazón” (CEC 2590, 2599).

Jesús en el Evangelio la practica y recomienda: *“Es preciso*

orar siempre sin desfallecer” (Lc 18, 1). *“Velad y orad para que no caigáis en tentación, que el espíritu está pronto, pero la carne es débil”* (Mt 26, 41).

La Virgen María, perfecta discípula de Jesús, vivió la oración de forma habitual y en alto grado. Era una Mujer de Oración. Desde el principio la vemos dedicada al trato con Dios, en el Templo, en Nazaret... *“María guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón”* (Lc 2,19. 51).

Es necesaria la oración con el corazón, no solo con la boca. A la práctica de la oración vocal debe unirse la oración mental.

Si queremos llegar a vivir la oración a lo largo del día, en nuestros quehaceres, es imprescindible dedicarle en exclusiva un rato al día, como la levadura. Ese contacto matinal con Dios será la levadura que nos capacite para elevar todo el día a una atmósfera de fe y oración.

Y para saber prolongar el calor del rato de oración, repetir jaculatorias, que son invocaciones con pocas palabras. Son astillas que alimentan el fuego del amor, que nos recuerdan nuestros propósitos, que piden auxilio en una necesidad, que dan gracias... Estas jaculatorias son breves, pero suben como dardos al Corazón de Dios y nos mantienen en una intimidad amorosa con Él.

Podemos pensar a menudo: ¿Cómo pensaría Jesús –o María-, ¿cómo obraría?, ¿cómo sentiría...?

A buen seguro, tanto María como José llevaban en su hogar la vida diaria de oración de los



israelitas piadosos, con la lectura de las escrituras, los salmos, las profecías. A esto se añadía el contacto con el Salvador, fuente de nuevas luces para el conocimiento y amor de Dios, y escuela de Vida.

Maestra de oración. Cómo rezar con María

María -dice San Luis María de Montfort- será nuestro universal suplemento. Ella, pues, ayudará y suplirá nuestra incapacidad en la oración, en que nuestra nada se pierde en la inmensidad de Dios.

Si nos hacemos pequeños en la oración, para orar por María y con María, será Ella quien rezará en nosotros y por nosotros.

Esto lo podemos aplicar en la oración que se dirige a Ella, o a Dios.

Una madre reclinada sobre la cuna reza con su hijo porque el hijo no sabe rezar. Dicta una o dos palabras y el pequeño las re-

pite apropiándose, con la palabra, del corazón de su madre. Si el pequeño no sabe rezar, la madre le dicta y aprende a rezar. La madre dirige la plegaria de su hijo.

Nosotros, niños ante Dios, llamemos a María, nuestra Madre celestial, repitamos sus palabras, copiemos sus afectos y, de este modo, nuestra pobre oración se perderá en la sublime oración de María.

Recemos un Padrenuestro al dictado de María y entonces lo rezaremos pausadamente, *“con modestia, atención y devoción”*. *Nuestra plegaria con María será una plegaria fervorosa porque no será nuestra plegaria sino la plegaria de María en nosotros y será por lo mismo “elevada y muy digna de Dios”* (Secreto de María, Nº 50).

De esta manera nuestra oración vocal será una sublime comunicación con Dios, grata y aceptada a su divina Majestad. Rezará en

nosotros el Corazón de María, en el que nos habremos perdido.

Así lo experimentó un alma mariana, la Beata Dina Bélanger, quien afirma: *“Muchas veces durante la acción de gracias de la Comunión hablaba María por mí y yo no tenía que hacer sino escucharla y unirme a Ella, contemplar a mi Salvador y amarlo”*.

Importa, pues, reducirnos espiritualmente a la condición de niños, ponernos junto, mejor, dentro de la Virgen, prestarle nuestros labios, nuestros sentidos, nuestro corazón para que Ella y no nosotros engrandezca y magnifique al Señor. La sentiremos rezar con nosotros.

Nuestra plegaria fundida con la suya será la plegaria única de la Virgen rezando en nosotros. Es la Madre que ejerce su función maternal con su hijo perdido en su seno espiritual, en su Inmaculado Corazón.



TERCERA BIENAVENTURANZA

Bienaventurados los que lloran

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5,5). «Si sufrimos contigo, oh Cristo, viviremos contigo y contigo reinaremos» (2Tm 2, 11-12).

Jesús vino «a proclamar la liberación a los cautivos..., para dar la libertad a los oprimidos» (Lc 4, 18). El Mesías se inclina sobre todas las miserias humanas para salvar de ellas, para dar alivio y gozo a los afligidos y para consolar al que llora. Pero: ¿Por qué proclama Jesús feliz y bienaventurado al que sufre, al que llora?

En esta vida placer y dolor son inseparables. El hombre busca desesperadamente aislar el placer del dolor. Pero es inútil. Es el mismo placer desordenado el que se vuelve contra él y se transforma en sufrimiento y genera cansancio y náusea.

Al placer, elegido contra la ley de Dios y simbolizado por Adán y Eva que saborean el fruto prohibido, Dios permitió que le siguieran el dolor y la muerte, a fin de que no ocurriera que, siguiendo a rienda suelta su egoísmo y su instinto, el hombre se destruyera del todo y destruyera a su prójimo. Cristo rompió por fin esta cadena. Él, «a cambio de la gloria que se le proponía, soportó la cruz» (Hb 12, 2) Hizo, en resumen, lo contrario de lo que hizo Adán.

El que vive en el goce, el que tiene cuanto quiere y no carece de nada corre un riesgo tremendo. Satisfecho de sí y de la vida terrena, no advierte lo precario de su situación, no siente la necesidad de ser salvado, no abre su corazón a las cosas celestiales. Al contrario, el afligido, impotente para librarse de sus tribulaciones, se da cuenta de que solo Dios puede ayudarlo. Los afligidos que aceptan de la mano de Dios la suerte que les ha tocado y, aun sufriendo, no dejan de creer en su amor de Padre y en su providencia infinita, son proclamados por Jesús bienaventurados, «porque ellos serán consolados» (Mt 5, 4).

Hay que tener el coraje de abrazar la cruz no solo con

MARÍA LLORÓ EN SU VIDA TERRENA. Y CONTINÚA LLORANDO HOY A PESAR DE SU VIDA CELESTIAL.

resignación, sino con amor, y con voluntad resuelta de seguir a Jesús doliente hasta el Calvario y el sepulcro, pues solo de la muerte puede florecer la resurrección. Y con un corazón dilatado por la caridad que acepta padecer y morir también por la resurrección de los hermanos. Entonces comprendemos por qué pudo decir San Pablo: «Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2Co 7, 4). Es la bienaventuranza del sufrimiento que comienza ya a verificarse acá para quien sabe padecer con Cristo por la salvación del mundo.

Quiénes son exactamente los afligidos y los que lloran. El motivo del llanto es determinante.

La vía más segura para descubrir qué llanto y qué aflicción son proclamados bienaventurados por Cristo es ver por qué se llora en la Biblia y por qué lloró Jesús.

Existe un llanto de arrepentimiento, como el de Pedro, un «llorar con quien llora», San Pablo (Rm 12, 15), de compasión por el dolor ajeno, como lloró Jesús con la viuda de Naím y con las hermanas de Lázaro; el llanto de exiliados que anhelan la patria, como el de los judíos en los ríos de Babilonia...

En el Salmo 41 leemos: «*Mis lágrimas son mi pan de día y de noche, y a lo largo del día me repiten: ¿Dónde está tu Dios? ...*». Nunca esta tristeza del creyente por el rechazo presuntuoso de Dios

a su alrededor ha tenido tanta razón de ser como hoy.

No menos doloroso es hoy, para el creyente, el rechazo sistemático de Cristo. San Pablo decía que experimentaba en el corazón «*tristeza inmensa y un profundo y continuo dolor*» (Rm 9, 1s) por el rechazo de Cristo por parte de sus compatriotas.

La bienaventuranza de las lágrimas de María.

La Virgen sufrió penas y dolores. Simeón le anunció que «*una espada atravesaría su misma alma*» (Lc 2,35).

La liturgia nos habla muchas veces no solo de los dolores y penas, sino también del llanto y lágrimas de la Señora. En la fiesta de los Dolores de María aplica a la Madre múltiples textos bíblicos que nos hablan de llanto y de lágrimas. «Apartaos de mí, lloraré amargamente; no os fatiguéis en consolarme». «*Mis lágrimas fueron para mí el pan de que me alimento día y noche*». «*Desfallecieron mis ojos por la abundancia de las lágrimas*».

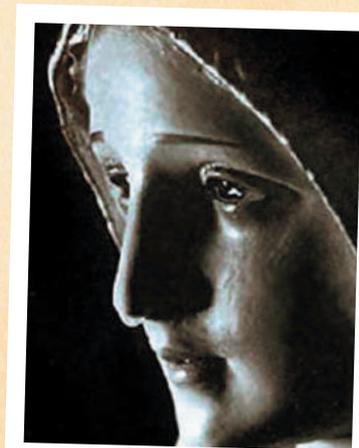
No cabe la menor duda. María lloró en su vida terrena. Y—lo que es más admirable todavía—continúa llorando hoy a pesar de su vida celestial. En las apariciones de Nuestra Señora en Fátima y en Lourdes se ha aparecido apenada y dolorosa. En Sira-

cosa hizo el singular milagro de que una sencilla imagen llorara lágrimas, lágrimas reales que se pudieron observar y ver, recoger y analizar.

Hermosamente dijo San Juan de Ávila: «*Cada punzada que daban a Jesucristo en el cuerpo, era una lanzada que atravesaba el Corazón de la Virgen; ¡cada bofetada, cada azote, tantas puñaladas eran para su corazón de esta Virgen! Pues si el cuerpo de Jesucristo estaba todo corriendo sangre, escupido, abofeteado, descoyuntado ¿qué tal os parece que estaría el Corazón de la Virgen, que esto tenía delante de los ojos?*».

Por piedad, oh abogada de los pecadores, no dejes de amparar mi alma en aflicción y en el combate espiritual que estoy atravesando en todo momento.

Nuestra Señora de los Dolores, cuando los dolores y los sufrimientos lleguen, no dejes que me desanime.



Haremos morada en él...

El pecado interrumpió la comunicación íntima de amistad con la que Dios quería tratar al hombre como hijo y amigo a quien descubrir el misterio de su vida íntima para asociarlo a ella.

Todo esto sería dado de nuevo al hombre por la encarnación del Verbo, por Cristo, el Hombre-Dios Mediador entre Dios y la humanidad.

Rescatando al hombre del pecado, Jesús le devolvió la capacidad de recibir el don divino: la gracia santificante, y por ende el amor, que lo hace partícipe de la naturaleza y de la vida divina. Y así en virtud de la redención obrada por él, puede Jesús hacer la gran promesa: «Si alguno me ama..., mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

La Santísima Trinidad se complace en hacer morada en el que ama, o sea, en el fiel que vive en la gracia y el amor, porque,

como dice San Juan: «Dios es amor, y quien permanece en amor, permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4, 16).

Dios mismo infunde en el hombre el amor, participación creada de su ser y de su naturaleza infinita; lo infunde el Padre que es su manantial, el Hijo que lo merece y el Espíritu Santo que lo comunica.

El don es gratuito y totalmente inmerecido, porque Dios «nos ha amado el primero» (1Jn 4, 19), pero es tarea del hombre abrirse a la efusión de este don y no oponerle obstáculo ni resistencia. Cuanto mejor sepa acoger el amor divino y vivir en él, tanto más se complacerá

la Trinidad en hacer morada en él, como el amigo se complace en estar con su amigo, tratando con él en dulce intimidad. «Mira —dice el Señor— *que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo*» (Ap 3, 20). **¿Cuál será nuestra respuesta?**

Si vivimos en el amor. Dios no solo mora en nosotros, sino que vive en nosotros: vive su vida íntima y trinitaria.

Vive en nosotros el Padre, que de continuo engendra al Hijo, y vive el Padre y el Hijo de





los cuales incesantemente procede el Espíritu Santo. Nuestra alma es el pequeño cielo en el que se expande esta sublime vida divina, la vida de la Santísima Trinidad. Mas ¿para qué vive en el hombre la Trinidad sino para invitarle a su vida? El Padre engendra en él al Hijo, y se lo da para hacerlo hijo suyo. El Padre y el Hijo expiran en él al Espíritu Santo y se lo dan, para que él que es el término y el vínculo de su amor y de su unión, sea también el vínculo del amor y unión del hombre con la Trinidad.

Las Personas divinas están en el creyente que las acoge y se asocia a su vida por medio de la fe y de la caridad. Mediante la fe cree en ellas, mediante la caridad se une a ellas.

Se une al Padre, que lo recibe en su abrazo paterno, lo sostiene con su fuerza omnipotente y lo arrastra consigo a la contemplación y amor del Hijo, según lo que el mismo Hijo ha revelado: «nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no le atrae» (Jn 6, 44).

Se une al Hijo, que lo inunda con su resplandor, lo penetra con su luz infinita, le da a conocer al Padre, verificándose así su palabra: «nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 6).

Se une al Espíritu Santo, que derrama sobre él la gracia de adopción como hijo de Dios, vierte en su alma una participación cada vez más plena de la vida divina y lo estrecha Consigo en una comunión cada vez más íntima

con el Padre y con el Hijo, para que su unión con Dios sea perfecta.

«¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis?» — grita San Juan de la Cruz— (C 39, 7).

La Santísima Trinidad quiere asociarnos a su vida divina ¿y nosotros volveremos los ojos a otra parte?

La Virgen Santísima anhela llevarnos al encuentro con el Dios Trinidad.

Recemos con San Anselmo: «Dios trino y uno, acepta las oraciones de tu humilde siervo. Dame, Señor, diligencia con que te busque, sabiduría con que te encuentre, un alma que te conozca, unos ojos que te vean, una conversación que te agrade, perseverancia hasta el fin, un final feliz y el premio eterno...

A ti, Señor, te descubro los secretos de mi corazón, a ti te confieso todos mis pecados... Dispón todas mis acciones según tu beneplácito, para que progrese de día en día, avance de virtud en virtud.

Delante de ti, oh Señor, derramo mi plegaria suplicante, delante de ti el llanto de mi corazón... Oh Trinidad, luz bienaventurada, aumenta en mí la fe, aumenta la esperanza, aumenta la caridad, librame, sálvame, justíficame...

Ven, oh piadoso Señor, y mora en medio de nosotros, para que experimentemos tu presencia en nuestros corazones». (San Anselmo).

La Santísima Trinidad se complace en hacer morada en el alma que vive en la gracia y el amor de Dios.

“Qué sabiduría la de la Iglesia comenzar cada año con la
festividad de la Maternidad Divina”.

(M. M^a Teresa De Simone)



1-2 Jornada Infantil Mariana en Orocovis (Puerto Rico), 3-4 Entrega de regalos a los niños del barrio de El Encantado en Petare (Venezuela), 5-6 Ceremonia de Confirmación en la Vicaría de Coche (Venezuela), 7 Compartir navideños y jornada socio asistencial en Quilpué (Chile), 8-9 Procesoión a San Martín de Porres con los pacientes del centro de apoyo sanitario "Hermana Josefina Serrano" en Oropesa (Cusco), 10-11 Jornada Mariana de Espiritualidad con algunos miembros del Reinaado de María en Caracas (Venezuela), 12-13 Jornada Mariana Navideña con los más pequeños del Didascalio de Chinchaypugio (Cusco).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

